



SUMARIO

CARAS BONITAS

CÉSAR JALON
Sección vermouth.

RAFAEL LÓPEZ DE HARO
Las sensaciones de Julia.

F. CO VILLAESPESA
Rimas.

FIDEL PRADO
El beso.

CLARITO
Nuestras artistas y la guerra.

FÉLIX LIMENDOUX
Cien pesetas de vida.

F. VILLEGAS ESTRADA
El cantar de la Alhambra.

PACO MATEOS, TINO,
BÉTICO y NAO

Varios dibujos y retratos de
La Otera, Consuelo Larios y
Rafael López de Haro.



LA OTERA

*Hermosa canzonetista que actúa con extraordinario éxito en el Teatro Colón, de San Sebastián. Por cierto que Colón, hombre dado á los descubrimientos, no hubiese hecho ninguna tontería descubriendo á esta gran mujer.
¿Verdad que no?*

5 cénts.



Crónicas serias.

Más de un filósofo barato ha pensado —¿piensan los filósofos?— sobre la mesa del café, en donde diariamente toma dos tazas de ese licor y diez ó doce copas de agua; más de un filósofo, repito, ha pensado en alta voz que, á consecuencia de la guerra europea, se producirá una revolución en todos los órdenes de la vida, excepción hecha del Orden público, que

continuará, desgraciadamente, tan descuidado como ahora.

Yo, poco dado á las profecías, me he resistido á abrigar semejante creencia.

Pero sea porque el tiempo no está para ninguna clase de abrigos —ni para abrigos de ninguna clase—, sea porque de sabios es mudar de parecer —y para esto de mudarse sí que hace un tiempo espléndido—, ello es que yo también creo en que, á raíz de la guerra, sobrevendrá una revolución total.

No será, ciertamente, la revolución años atrás predicada por los hoy monárquico-republicano-reformistas, á cuyo jefe, gloria del Foro español, no le veo la enjundia ni por el «foro»; pero será, al fin, una revolución, ya que habrá de ponerse arriba lo de abajo, y viceversa, si bien para eso no hay que aguardar á que acabe la guerra, ni siquiera hacia falta que hubiese empezado.

De ese próximo cambio de costumbres contamos ya con varios anticipos.

Y, antes de consignar otros, apuntemos el de que estas crónicas serias parecen hechas mejor que para LA HOJA DE PARRA, para *La Lectura Dominical*, mientras *La Lectura Dominical* ha publicado recientemente escritos que encajaban mejor en LA HOJA DE PARRA...

DIMES Y DIRETES



—Vamos, ¿con lo vieja que soy? ¡No me haga usted de reir, que tengo el labio partido!

—Eso, no; porque cuanto más joven, más partido se tiene.

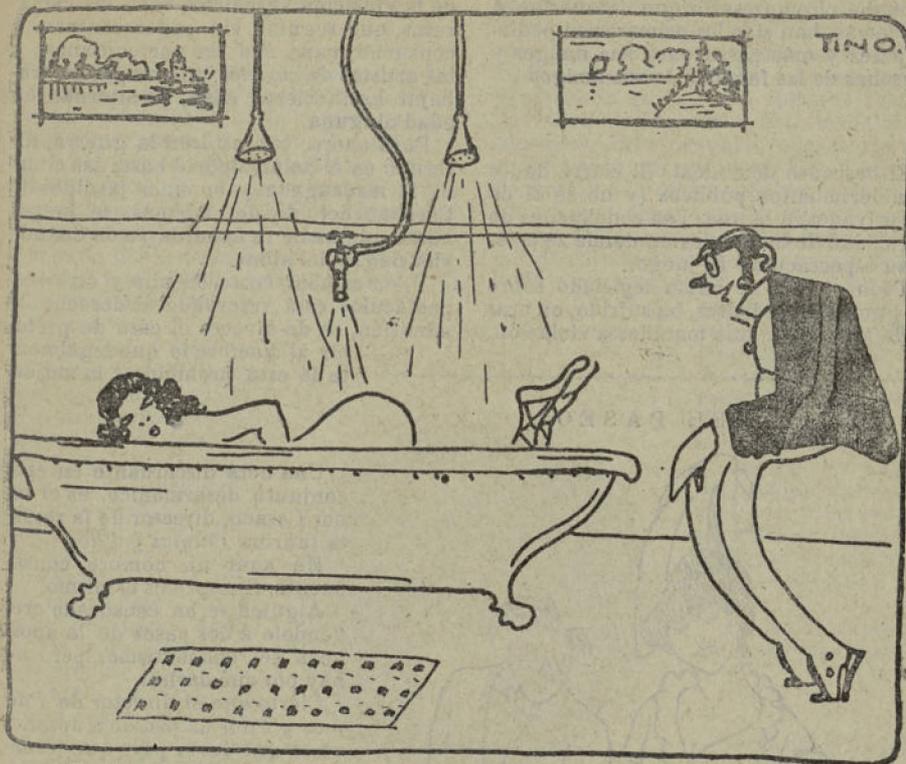
De esos tipos saladísimos, netamente madrileños, que de todo se rien y todo lo echan á broma, se decía antes, que eran unos «¡Viva la Virgen!»

En cambio, ahora se aprovecha para una diversión pública á unos cuantos tipos de esos que gozan fama de ser unos «¡Viva Nuestra Señora!», y se ponen más serios que una misa de tres curas.

Ahí está, por ejemplo, la corrida de artistas celebrada el jueves de la semana pasada en esta villa y corte.

Rafael Arcos, el rey de la gracia y de la frescura, maldita la que le hizo al públ-

¡LOS HAY DUCHOS!



—¿Y quién le ha mandado á usted entrar? ¿Creea usted que me estaba ahogando?

—Al contrario, señorita. He entrado porque sé que la señorita no es de las que se ahogan en tan poca agua...

co, y, además, se preocupó en grado sumo del «cargo» que estaba desempeñando en el ruedo madrileño.

Otro tanto le ocurrió al «Tito», aunque este artista es de otro género.

Y los demás... ¡Ah, pues este es otro detalle del cambio de casos y cosas de que nos veníamos ocupando! Resulta, lector, que los demás no eran artistas, ¡ni Cristo que los «fundió»!

Y que las artistas del sexo débil brillaron por su ausencia.

«Lo cual», que entre el público se oían, al salir del espectáculo, preguntas á este tenor:

—¿Pero siempre son así las corridas de las artistas?

—¿Pero á qué corrida se refiere el cartel, si aquí no ha habido artistas?...

Y algún guasón que comentaba despedido:

—¡Vaya un timo! Lo que es aquí no se han corrido becerros para diversión de las artistas. ¡Como no se hayan corrido en sus casas!

Lo que le está ocurriendo al empresario del Magic Park, es también consecuencia del actual estado de cosas.

Confaba el buen señor que este año podría evadirse de facilitar una cantidad de pases gratuitos, mayor á la que le permiten sus éxitos de taquilla.

Este año —pensaba— no entraré nadie á mi coliseo si no apocquina la «medalla redonda», y quien intente pasar sin cubrir este requisito, haré que lo detengan...

Y, efectivamente: aquellos en quienes confiaba el empresario que detendrían á los demás, han sido los primeros en pedirle pases y más pases para sus amigos y personas de las familias de sus amigos.

El descanso dominical. El cierre de los establecimientos públicos (y no sé si de los privados) á la una. Las condiciones de seguridad de los locales en donde se celebran espectáculos. El juego..

Todo cuanto se había legislado sobre los puntos precedentes, ha sufrido, en aras de la tolerancia, una manifiesta violación.

Las que únicamente se habían salvado de la violación susodicha, eran las camareras, que seguían sin poder sentarse á consumir nada con los parroquianos, y las artistas de *varietés*, que no podían trabajar hasta cierta edad, ni alternar en edad ninguna.

Pues ahora, con esto de la guerra, alternan en el Salón Madrid hasta las cinco de la madrugada, y en unos jardines de Carabanchel, donde, además, se juega, hasta que nadie se acuerda ya de cuándo «ha sido la del alba».

Y, en cambio, como en uno y otro «espectáculo» está reservado el derecho de admisión, se da á veces el caso de prohibir al hombre lo que legalmente le está prohibido á la mujer.

DEL PASEO



- ¡Si te corrieses un poquitín más ahí!...
- Hazlo tú, si te estorbo.
- Mujer, yo no puedo correrme hacia ahí.
- Pues hazlo por la otra punta.

Una nota discordante en este conjunto desarmónico, es el señor Casado, director de la revista taurina *Palmas y Pitos*.

He aquí un hombre consecuente. Siempre es el mismo.

Alguien le ha censurado creyéndole á dos pasos de la apostasía del belmontismo; pero no hay por qué dadas.

Cierto que el director de *Palmas y Pitos* ha pedido á Joselito no sé qué favor para que torea-se, tampoco sé qué torero en Valladolid, y que, á cambio de eso, el citado director acompaña á la estación á Joselito cuando éste sale de viaje; pero mientras tanto, en su revista le da cada palo que lo vuelve loco.

Y por eso digo yo que es consecuente en todo el director de *Palmas y Pitos*, por que le da las «palmas» á Joselito en la espalda cuando lo despide, y luego le adjudica los «pitos» en la revista...

Los que creen que la misión del cronista hojaparresco es decir porquerías, no habrán quedado descontentos de mí. Ahora, que ellos las querían en broma, y yo se las he servido en serio...

[CÉSAR JALON

Las sensaciones de Julia ⁽¹⁾

Número uno, el hijo; número dos, César. Este era el orden jerárquico en mi corazón. La venida del hijo había destronado á César en mi corazón. Además, yo abrigaba esta convicción: el hijo era exclusivamente mío. La intervención de César en su advenimiento había sido animal y notoriamente inferior á la mía. De mi carne se había formado, y mi carne, tor turada, martirizada, lo había parido. El hijo era muy mío y para mí.

Orgullosa y feliz lo contemplaba á milado, á mi calor, en el lecho. Era una miniatura preciosa. Era de color de rosa; tenía los ojos grandes y verdes como los míos; iría á ser un morenito fino y mimbreño como yo. Su carita redonda, llena, iniciaba los rasgos de la mía; sus manos diminutas eran largas, de acanaladas uñas, semejantes á mis manos; en su pecho campeaba un lunar como un grano de café tostado, equivalente á otro lunar mío en el correspondiente lugar. Mío, solamente mío, el hijito rebrujo que en mi brazo dormía respirando dulcemente como muy satisfecho de haber nacido.

Tiene para las madres un encanto arrobador el sueño esponjoso, inefable de los recién nacidos. Quermen los angelitos con mucha formalidad, inflando los carrillos y soplándose el puñito cerrado. En el círculo blanco de los encajes del gorro admiraba yo el rostro menudo y tierno. La vida en los primeros días es como la de un beso: suave, amorosa, acariciadora. Son los niños una maravilla llegada á la tierra en un suspiro; débiles y del alma como un suspiro son. ¡Duérme, hijo de mi alma; duerme, ilusión mía!

Un contratiempo me atormentaba. Los frutos de mis senos se habían agrietado.

(1) *Novela recientemente publicada por R. López de Haro.*

Me escocían como dos quemaduras. Un cortante dolor me los segaba cuando el hijito ponía en ellos, ávido, su boca. Era amamantarle el más agudo martirio; los labios coralinos del nene me producían el efecto de un cauterio aplicado á aquellos vértices irritados, extremadamente sensibles. Esta pequeña cosa constituía, sin embargo, un serio problema. Para dar de mamar á la criatura había yo de hacer un esfuerzo rayano en el heroísmo: como el que fuese necesario para aplicarme yo misma en una herida un hierro candente.

Ni una vez sola por eso hice esperar un segundo al hijo de mi sangre. Lo besaba temblorosa, lo acercaba y le ofrecía la henchida poma sin parpadear. El nene se cogía con avaricia; yo sentía la quemazón, las punzadas, los rasguños horriblos, y mientras mamaba él, caían mis lágrimas y en mis labios se hincaban mis dientes.

¡Oh, yo había aprendido muy bien á sufrir!

LOS NUESTROS



Rafael López de Haro.

César habló de traer á casa una nodriza.

—¡Cómo se entienda! —exclamó el médico. — Esta señora puede y debe criar á su hijo.

—Yo soy —dije— de la misma opinión.

—¡Pero no ve usted cuán horriblemente padece!

—Sí, es cierto. A ese lugar concurren multitud de hacillos nerviosos, y las pequeñas heridas duelen riosamente. Difícil sería situar en otro punto lesiones tan diminutas que fuesen tan cruentas. Si, señor: padece horriblemente la madre; pero debe criar. Esto, tan doloroso, pasará en breve.

El médico tenía razón: en breve desapareció toda molestia. Hubiera sido una imperdonable debilidad, por mi parte, haber desistido

Un día ya no me dolió.

Voy ahora á intentar decir cómo fué la más grande, más deleitosa y más completa de todas mis sensaciones. Ninguna otra de placer ni de dolor ha llegado á su in-

tenacidad orgástica. Esta sensación sin precedentes, hondísima, altísima, marca los únicos momentos de goce íntegro, de felicidad absoluta, que me han sido dados en la vida. Así debo al hijo los tormentos más atroces y los gozos más exaltados.

Advertí el deseo mío, de mi sér, de amamantar al pequeño glotón. El deseo era provocado por una inexplicable tensión cálida, eréctil. No pudiese decir en dónde radicaba el deseo. Se correspondían sus palpitaciones desde los escondidos y misteriosos centros de la sensibilidad con los vértices congestivos de mis gracias. En lo oculto era calor, aflujo; en lo externo era titilación.

Tomé á mi hijo temblando como en ningún momento de amor. Nunca los labios del amado me electrizaron así; ningún beso tuvo la trascendencia y el poder de aquel beso chupón del hijo de mi sangre. Desfallecida me sentí, embriagada en no supiera qué paroxismo. El niño se afanaba avariento; en olas venía á mi pecho el sabroso jugo. ¡Oh, quisiera que, fundidas las entrañas, fluyesen allí! Cerré los ojos

para aislarme y gustar enteramente aquel raro, agitado y recóndito placer. Una última convulsión me llevó al delirio. Aquello que tantas veces esperé, había llegado en la ocasión menos presumible. ¡Ah! ¡Era que estaba aquí, en el hijo! Al fin, me recompensaba el amor.

—Bueno que quieras á tu hijo; pero eso va rayando en manía —me decía César.

El médico, por su parte, no se podía explicar mi dolencia. Me asediaba á preguntas:

—Vamos á ver: ¿aquello se cortó?

—Sí, señor.

—¿Usted come bien?

—Sí, señor.

—¿La duele algo?

—No me duele nada.

—Pues es usted un caso raro. Carece de explicación racional esa extenuación. Y no puedo consentir que siga usted amamantando.

—¿Qué?— protesté. — ¿Intenta usted quitarme el hijo?

—Señora, es indispensable. Usted va, por ese camino, á tísica, y el chico, á la Gloria. Conque usted verá.

—¡Yo no deje á mi hijo!

—Lo dejará usted, porque no querrá matarlo.

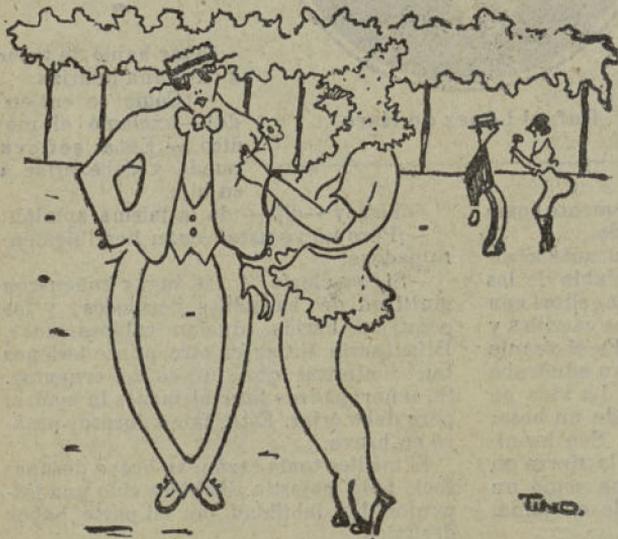
Me resistí obstinadamente. No quería renunciar á mi secreta dicha. Mi pequeñín era mi amante, un amante insaciable que ibame robando la vida deliciosamente.

Creo que estuve loca.

César, hastiado de mi frialdad ó huido de mi fealdad —yo estaba flaca y amarilla—, había renunciado á mí y no me importaba. Si llego á saber que tuviese queridas, no me hubiese importado. Yo sólo pensaba en mi inconfesable aberración. Resueltamente estuve loca.

César un día apareció en casa con una nedriza. Mi primer impulso fué lanzarme, arañar, patear á la intrusa. César me dijo:

LA FIESTA DE LA FLOR EN SAELICES DE ABAJO



—¡Anda; para los pobres tuberculosos!

—Pero si aquí no hay nadie que lo esté, más que Juan el monaguillo. ¡Y para ese habéis tenido la culpa vosotras!...

PARA UN REMEDIO



—¿Y para qué servimos nosotros á la sociedad?

—Pues para consolar á las que están desesperadas porque no tienen cura. Somos los que más no, aproximamos.

—Lo he dispuesto yo, Julia. Es inútil que insistas en esa intolerable obstinación.

—¡No permitiré que robéis el hijo! César meneaba la cabeza.

—Julia, mujer, ¡no hagas disparates!

—¡Que no! ¡Que no! Y usted... ¡largo de aquí, ladrona!

César se llegó á mí y me atarazó una mano.

—¡Ea, Julia; no aguanto más!

Me dominó; vi en sus ojos que estaba dispuesto á emplear hasta la violencia.

—Entre usted —dijo á la nodriza— y hágase cargo del niño.

A mí me obligó á seguirle al gabinete. Allí me hizo sentar, y sentenció:

—Si me das otro disgusto por ésto, te encerraré en un manicomio.

Estuve luego, con unas fiebres nerviosas, á las puertas de la muerte.

RAPAELO LOPEZ DE HARO

RIMAS

¡Corazón! ¿Qué te pasa? Cada día que transcurre, contemplo con espanto que se agotan las fuentes de tu llanto y hasta el volcán de tu pasión se enfria.

Ni te alegra el amor, ni tu energía se despierta á los golpes del quebranto, ¡y es que has gozado y padecido tanto, que ya el dolor, como el placer, te hastia!

Nadie te anima, y nada te conmueve, y despreciando á quien te ofrece abrigo, sepulcro buscas en tu propia nieve.

¡Vuelve á inspirar de nuevo mis canciones! Mi única musa, mi mejor amigo, ¡en plena juventud no me abandones!

FRANCISCO VILLAESPESA

DESCANSOS DEL «TENNIS»



—Lo que más me preocupa es no saber si mi mujer me ha dejado por uno ó por otro.

—Por otro.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

EL BESO

Partió el tren lentamente. Un suspiro de satisfacción brotó del pecho de Alfredo al arrancar el convoy. Al fin, tras el espacio de un mes, que se le antojaba medio siglo, iba á ver á su novia, á su Aurora, que saldría á la estación á esperarle, cuando pasase con dirección á las playas lejanas del Norte, donde una obligación tirana le reclamaba.

¿Qué le importaba á él que la entrevista no durase más que un minuto, si ese minuto era suficiente para darse un beso... dos... tres... ciento...?

Alfredo, para distraer su impaciencia amorosa, acodóse sobre la barandilla para contemplar el paisaje.

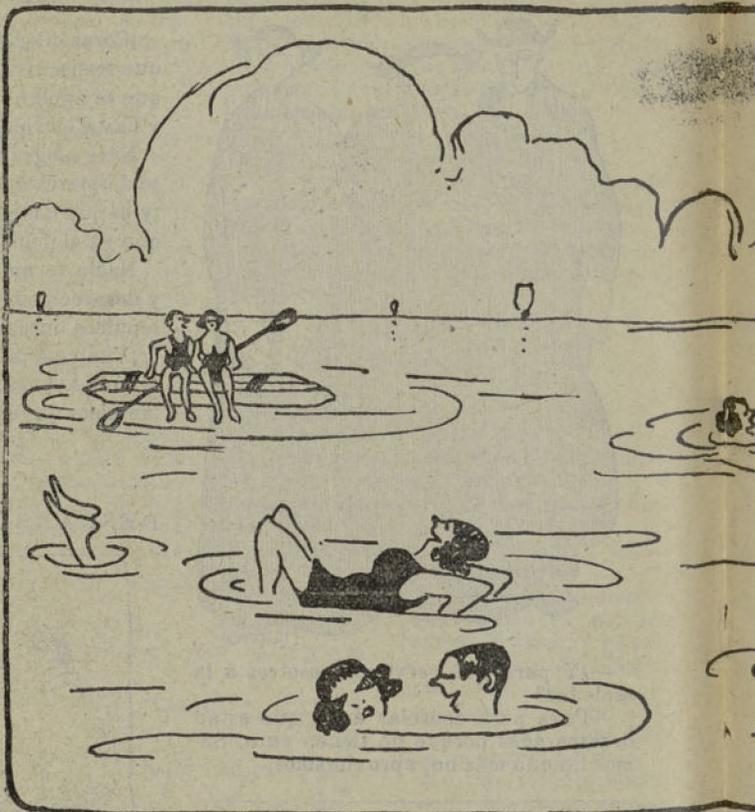
La visión de la corte ibase desdibujando en la lejanía como un diorama que huye. Las torres pizarrosas de las iglesias, con sus agudas y alocadas veletas difuminábanse poco á poco en el palio azulino del cielo; solamente á ambos lados de la vía extendíense los campos de rubio y sazonado trigo. De trecho en trecho un grupo de árboles raquíticos rompía la monotonía de la dilatada llanura trigueña.

Alfredo contaba las estaciones con impaciencia.

—¡Pozuelo; tres minutos!...

¿Por qué pararía esos tres minutos en un sitio que á él le era indiferente?

Después vino El Plantío, una especie de hotelito asentado al pie de la vía férrea como un ermitaño. El paisaje continuaba melancólico; el terreno yermo, como condenado á la infecundidad, seguía mostrándose inexorable para cansancio y aburrimiento de la vista. Cerca de Las Rzas, un episodio distrajo por un momento la atención de los viajeros. Bajo la llama cegado-



—Al pie de la fotografía que sacaron de aquí, dicen los periódicos: «U
—Hombre, lo tendrán dentro del agua.

ra del sol pleno de Julio, una cuadrilla de segadores cortaba un campo de cebada en sazón. Los segadores, libre el pecho, que rojeaba por la entreabierta camisa tostada por la quemazón; tocada la cabeza por un mugriento y amplio sombrero de dilatadas alas, cortaban las doradas espigas amenazando la faena con una canción lánguida y quejumbrosa. Al ras de la vía una legión de harapientas mujeres desgrefiadas y chicos semidesnudos, esperaban el paso del tren. Cuando éste pasó resoplando como un monstruo cansado, los esclavos del deber le saludaron con la sinfonía de sus voces irritadas y el accionar amenazador de sus puños contraídos. Había desaparecido el convoy entre las paredes calizas que se dilataban á lo largo de la



cos: «Un grupo de bellas bañistas.» Pues no las veo nada de bello...

vía, y aún se percibía entre el fragor de las ruedas los anatemas de los desheredados.

Atrás quedó también la minúscula estación de Las Matas; vibró el pitar estridente de la máquina como un alarido, y en una brusca transición, la oscuridad más abracadabrante sucedió á la luz... Un túnel...

Alfredo sintióse sobresaltado ante lo imprevisto. Una sensación de espanto adueñóse de él con aferraciones demoniacas ante la idea de morir en aquellas densas tinieblas. Cuando el convoy brotó de nuevo á la luz, parecióle que desaparecía de su pecho una enorme losa de plomo.

—¡Torrelodones; tres minutos!

Al vislumbrar la estación, los ojos de

Alfredo buscaron, entre los curiosos, á su amada.

—¡Aurora!

Aún no había re frenado el tren su marcha, cuando ya Aurora ponía su pie breve en el estribo del coche. Contempláronse un momento los amantes con éxtasis infinito, y luego un beso largo y ardiente vibró en la diafanidad de la atmósfera como la nota delgada de una lira... luego otro... después muchos...

Pitó la máquina y el tren arrancó con lentitud.

Cuando Aurora trataba de apearse, Alfredo sintióse acometido del deseo suicida de darla otro beso, y la retuvo con fuerza. Volviéronse á unir sus bocas en comunión pasional, y los besos bordaron de nuevo el espiral de su ritmo al tiempo que el convoy aceleraba su marcha.

La tragedia fué rápida, brutal... Un grito de los viajeros horrorizados... un cuerpo que pierde el equilibrio y cae á la vía... un rodar de ruedas que

avanzan triturando huesos, y un montón de trapos sangrientos, entre los cuales se destaca la lívida cabeza de Aurora, en cuyos labios exagües fluctúa aún como una mariposa el beso fatal...

Y entre tanto, el tren, indiferente á la brutal desgracia, corría y corría por la vía desierta...

FIDEL PRADO

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España ,

Calle de Santa Isabel, 45.



Nuestras artistas y la guerra.

La neutralidad de Consuelo Larios.

Ni es éste lugar á propósito para prodigar á Consuelo Larios cuantos elogios mereca, ni ella los necesita, y los necesita mucho menos el lector, porque ya ha tenido ocasión de aplaudir á la simpática cupletista en todos los coliseos del género que tienen cédula de tales en Madrid.

Señalaremos, eso sí, como nota extraordinaria, la rapidez con que esta artista se ha colocado entre las que trabajan en todas partes y por muy buen precio, sin necesidad de hacer mamolas á los empresarios golosos, como D. Antonio Alesanco, ni de implorar la caridad municipal de los de la Comisión del Retiro, que, á veces, no suele tener nada de tal caridad...

Consuelo Larios, como artista y —¿por qué no decirlo?— como mujer, reúne condiciones más que suficientes para triunfar por sí sola.

Cerremos, pues, la espita de los «bombos», y... á otra cosa.

—No tengo el menor inconveniente; todo al

contrario: me honran ustedes con ello, en aceptar una interviú; pero con una condición, cual es la de que no me pregunten ustedes cosa por cosa, al igual de esos confesores que confiesan mandamiento por mandamiento. No quiero decir con esto que me guste hablar cuando no me pregunten, propiedad de los niños mal educados; pero me desenvuelvo mejor...

Así nos recibió Consuelito Larios, desembotellando el preámbulo que antecede y sujetándose bien una bata roja como sus labios, adornada con gasas azules como sus ojos...

—Pues nada: si se desenvuelve usted mejor. —acertamos á balbucir— desenvuélvase.

Y Consuelo, sujetándose de nuevo la bata, sin duda para significarnos que lo de «desenvolverse» no significaba precisamente lo mismo que despojarse de la envoltura blanca y azul, habló de esta suerte:

—No tengo que lamentar pérdida de ninguna clase relacionada con la guerra, porque hasta de la pulsera que se me extravió días atrás tuvo la culpa la Paz —Paz es su doméstica—. Me sobran contratos, como uste-



Consuelo Larios.

des saben, y mientras los españoles no entren en el lío, estoy tranquila. Mo-
lestias si me ha originado
la guerra. Las discusiones
en los cafés me ponen ner-
viosísima, y ese que yo
sólo entro en ellos cuatro
ó cinco minutos, para re-
frescar. Pero sí, sí... ¡cual-
quiera refresca allí, con
los «acalorados» que suele
haber! No tengo animesi-
dad contra los aïados ni
contra los alemanes. En
fin, que sey... ¿cómo se
dice á los que son del Go-
bierno?

—Parásitos.

—No, no... Digo á los
que opinan como el Go-
bierno.

—Gubernamentales...

—Tampoco es eso.

—¿Neutrales?

—Eso es. Sey neutral.

Por cierto que debe ser
cuestión de carácter, por
que sabrán ustedes que
con casi todo me sucede lo
mismo. Por ejemplo, no
sey joselista ni helmontis-
ta; jamás discuto si *La*
Argentinita es ó no mejor
que *La Argentina*, y todas
mis compañeras me pare-
cen iguales: ni buenas, ni
malas; me parecen com-
pañeras.

—¿Y nada ni nadie se
exceptúa en esa neutrali-
dad definitiva?

—Le diré... Entre las
artistas, hago una excep-
ción con la Vargas, que se
me antoja muy graciosa y
muy buena.

—¿Nada más?

—Nada. Por lo demás,
sey completamente neu-
tral...

Pero los ojos, esos ojos picarones de
Consuelo Larros, hicieron traición á la pa-
labra de su dueña y fueron á clavarse,
dulces y halagadores, en un retrato de
busto que, desde el fondo de la sala,
presidia, mudo y solemne, nuestra in-
tervíá.

Era la mejor excepción de la neutrali-
dad de Consuelo.

TRANQUILIDAD ABSOLUTA



—Mira, Pedro, tranquilízate. Mi marido debe figurár-
sele todo, porque hoy me ha dicho: «Si vas á casa de tu
tia, que te despierten pronto, porque tenemos convidados
á comer...»

¡Y es que el amor no quiere saber de
neutralidades!...

CLARITO

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE
PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda.
Reparte toda clase de periódicos y revistas

Cien pesetas de vida.

Mi amigo Pedriscola pensaba en aquel momento que la Humanidad no es tan mala como parece...

Bien es verdad que pensaba esto mientras echaba la ceniza de un cigarro en el plato de postre que tenía delante con los residuos de un racimo de uvas moscateles y la corteza de un buen trozo de queso manchego.

Hora y media antes, Pedriscola había opinado todo lo contrario, y estaba dispuesto a presentar su dimisión del cargo de simple mortal, llevándola él en propia mano desde las alturas del Viaducto hasta las duras piedras de la calle de Segovia.

Pero en la Plaza de Oriente tuvo un tropiezo feliz, quizá efecto de la misma debilidad que padecía: se le terció un pie al pisar un objeto abultado, y aún le quedó la suficiente fuerza para agacharse y recogerlo.

Cuando Pedriscola vió que tenía en la mano un sobre conteniendo billetes del Banco, volvió hacia atrás y entró en la calle del Arenal, sin detenerse, hasta el *Petit Fornos*.

El camarero comió la candidez de presentarle la carta; pero Pedriscola se adelantó á aquella fórmula de *restaurant*, con la retahíla siguiente:

—Un *bistef* con patatas, una ración de riñones, otra de merluza, queso manchego, uvas y dos panecillos..

Era todo lo que había pensado desde la Plaza de Oriente hasta el bodegón donde se disponía á satisfacer un apetito de setenta y dos horas.

¡Pobre Pedriscola!...

Mientras comió no se hizo cuenta de la cantidad que suponía aquel sobre lleno de billetes de Banco; y únicamente al satisfacer el importe de la consumación, fijóse Pedriscola en que contenía cinco billetes de 100 pesetas.

LA AFICIÓN



—¿Qué hierro te pongo: Santa Coloma ó Saltillo?
— Ponme la marea del fenómeno, porque no tienen más poder que yo los que mata Belmonte.

Con uno de ellos pagó el importe de la comida y llenó el bolsillo de su pobre chaleco con las monedas de plata que le devolvió el camarero gallardamente, haciéndolas sonar sobre el mármol de la mesa.

El tintineo de la plata llamó la atención de Pedriscola, que, volviendo á la realidad, oyó en aquella música argentina un himno de vida más arrogante aún que los compases con que se entusiasma y despierta el pueblo generoso al paso de un regimiento...

Escuchando aquellas notas enardecióse su espíritu y levantóse de la mesa con una marcialidad y una arrogancia comparables únicamente á las de los chicos que rompen marcha ante la escuadra de gastadores...

Y Pedriscola salió á la calle...

En la del Arenal no lucían ni siquiera dos arcos voltaicos; la estrecha vía, sombreada por los altos muros de las casas, no tenía en su oscuridad otra solución de continuidad que el farolillo de un sereno colocado junto al Teatro Esclava...

Pedriscola, al desembocar en la Puerta del Sol, creía que la Humanidad estaba hecha á propósito para el hombre...

Perdido en estas imaginaciones, continuó su camino: atravesó la calle Mayor, dando con su personalidad en la misma puerta del Bazar de la Unión, que á aquellas horas aparecen entornadas, ofreciendo un resquicio á los cándidos que quieren vaciar su bolsa en el pseudo-casino del piso entresuelo...

Cuando Pedriscola llegaba á las primeras ventanas de Gobernación, una mujer, muy bonita por cierto y elegantemente vestida, llena de rizos la pequeña frente, relampagueantes los ojos, arqueados los brazos, cuyas manos cerradas oprimían las anchas caderas, y plegada la boca con mohín truhanesco, le esterbo el paso con un envite violento en virtud del cual el codo de la mujer tropezó con el chaleco donde Pedriscola guardaba la plata que le devolvieron.

—¿Dónde va usted?

—Eso digo yo...

—Lléveme usted...

—¿Dónde?

—Donde usted quiera.

Su voz doliente y tímida expresaba hambre, sed, frío...

Pedriscola recordó en aquel momento

ORADOR PROLIFICO



El orador. — Hay pocos nacimientos; pero mi proyecto abraza reformas importantes.

Una voz. — Pues no es abrazando reformas, precisamente, como aumentará la población...

que dos horas antes estuvo á punto de suicidarse por hambre, y pensó que tal vez aquella mujer hablaría más y mejor que con la voz del amor mercenario, con el agradecimiento de su estómago ahito.

Y se le ocurrió convidarla á cenar.

En el cuartito de la taberna, que limitaban reducidos tabiques de madera, cedió desesperadamente la mujer de la boa negra.

Pedriscola bebió mientras tanto, saboreando con sibaritismo los licores más caros, con el único objeto de quitarse aquella impedimenta de duros que le pesaban en el bolsillo del chaleco mucho más que el sobre con los billetes del Banco.

Y á medida que Pedriscola gastaba, la mujer de la boa, con una honradez infantil, le atormentaba constantemente repitiéndole la misma frase:

—No gastes, hombre; por mí no lo hagas: no gastes...

Y Pedriscola seguía bebiendo, al mismo tiempo que pensaba en que la Humanidad está hecha para que el hombre gaste...

Aquella noche la pasaron juntos, preparándose un porvenir agradable.

Ella volvería á la casa donde estaba, para recoger sus ropas y despedirse de aquella vida; él la esperaría en la calle, y juntos buscarían un rincón adonde, llevando la una el jugo de su trabajo en un obrador, y el otro la savia del suyo, toda-
via podrían ser honrados los dos...

Y salieron á la calle como unos novios, dorados por un sol primaveral.

Al llegar al centro de la población, en aquel remolino en que las gentes bullían rozándose con indiferencia, ella le dijo:

—Dime dónde me aguardas; voy por eso...; pero antes, toma: temo perderlo...

Y de un pliegue desgarrado del corpiño sacó un billete de 100 pesetas, que puso en la mano de Pedriscola.

—Espérame en aquella esquina —dijo.

Y la mujer de la boa negra, arrebuñándose en ella graciosamente y echando á correr con esa ligereza que tienen los pá-

jaros y las mujeres, dejó á Pedriscola en plena Puerta del Sol...

Y era mucho sol el de aquella tarde; era mucha vida la que se desbordaba de la muchedumbre que, llenando las aceras, asaltando los tranvías y circulando en todas direcciones, anubliaba la vista de mi amigo...

El pobre Pedriscola quedó un momento fijo en aquel cinematógrafo humano, y padeció una especie de daltonismo agudo; lo vió todo negro: negros eran los coches, negras las personas, negras las casas, negro el adoquinado de la calle, negro el cielo, negras las anunciadoras de los teatros que, con letras blancas, destacaban los títulos de las obras; negro todo... y únicamente un rayo de luz le llamaba, con poderosa atracción, por el hueco de la calle Mayor...

Y fué hacia allá.

DE VISITA



—Adiós, pequeño. ¡Te vas en seguida!
¿Verdad que otro día vendrás más despacito?

—¿Más despacito? Mujer, eso tú lo sabrás; ¡pero lo sentiría mucho!

Siguió todo un costado de la vía, amparándose en las paredes, salvando las bocacalles con ansiedad de naufrago, con persistencia de ciego á quien falta lazarillo; y al desembocar frente á la Virgen de la Almudena, su daltonismo cambió de pronto: los mármeles hacinados en la obra, el muro mezquino que se efrece á la vista, la amplitud de aquel horizonte, le hicieron verlo todo blanco, como si alguien, con rabiosa intención, vertiese en su cerebro un tube de albayalde, apretándolo cada vez más...

Y anegada la retina en aquella ola de blancura, siguió un poco y entró en el Viaducto, mientras tanteaba el bolsillo de su pobre chaleco y se convencía de que las primeras cien pesetas habían huido...

Mi amigo Pedriscola tomó el arrecife por donde cruzan los carruajes, y hubiera atravesado todo el puente si un camión enorme que retemblaba al peso de unos fuertes lingotes de hierro, no le hubiese obligado á aproximarse á uno de los andenes.

Ya sobre las losas y mirando la extensión que á sus pies se efrecía, mi amigo Pedriscola creyó ver una nube blanca y lechosa cuyo seno desgranábase ante él con alardes generosos de maternidad.

Era un lecho suave y muelle que le ofrecía la Fatalidad; el mismo que veinte horas antes buscaba Pedriscola, y que creía erizado de rudos picachos...

¡Qué blanco ahera!... Todas las caras de la vieja calle de Segovia aparecían algo donadas ante la mirada de Pedriscola; en el ambiente había una blandura y una placidez que convidaban al descanso...

Pedriscola quiso entrar por entre los hierros de la verja; pero al encontrar oposición en ellos, saltó por la barandilla y abrió los brazos con la fruición del que va á acostarse, desmerezándose casi...

La pareja de guardia en el Viaducto llegó á tiempo únicamente de retener entre sus manos un trozo del gabán de Pedriscola, precisamente aquél en que guardaba el sobre con las 500 pesetas...

Al otro día, cuando la crónica negra de los diarios dió cuenta del suicidio, con los detalles consiguientes, la persona que perdió el sobre, y á quien fueron devueltas las 500 pesetas, no tuvo para el suicida otra oración que la siguiente:

—¡Valiente sinvergüenza!

Y la mujer de la boa negra:

—¡Valiente golfo!

¡Pobre Pedriscola!

Yo no sé lo que habrá pensado de la Humanidad después de muerto.

FÉLIX LIMENDOUX

El cantar de la Alhambra.

Llegar, llegar, moras,
llegar á la Alhambra;
que en la torre de los colorines
está la sultana
de los ojos negros,
de los labios rojos,
de las manos blancas.

Llegar, llegar, moras,
llegar á la Alhambra.

Collaritos de plata y oro,
collaritos que á mi me compraban,
como eran perlititas... perlititas...
unos pajaritos las picoteaban.

Campanitas de flores azules,
clavelitos que yo los regaba,
como era bonita... bonita...
todas las rositas me propeaban.

MÚSICAS POPULARES



—Me resisto á tocar *La viuda alegre*,
aunque *La viuda* se ha hecho para que la
toquen por todas partes.

Palomitas del Generalife,
palomitas blancas,
como sois mensajeras de amores,
alegráis mi alma.

Las penitas que sufro y lloro,
las penitas que tengo lloradas,
ni á mí me quitan la vida
ni del *tó* le dejan vivir á mi alma.

Porque soy la sultana mora,
porque soy la más bella sultana,
que tiene la plata y el oro,
y lo tiene todo y no tiene nada.

Llegar, llegar, moras,
llegar á Granada,
que en la torre de los colorines
está la sultana;
la sultana mora
que guarda en rehenes
la reina cristiana.

F. VILLEGAS ESTRADA

Agentes exclusivos en Sud América
MASIP Y COMPAÑÍA
RIVADAVIA, 698.—BUENOS AIRES

TALLERES PARTICULARES DE EDICIONES ESPAÑA

IMPRESA

DE

Ediciones España

Calle de Santa Isabel, 45.

Apartado 547. MADRID Teléfono 1.843.

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Crtopedia.

Catálogo gratis enviando sello.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida á la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

CUATRO LIBROS INTERESANTES

Fruta prohibida. = Los quince goces del matrimonio.

Misterios y secretos del lecho conyugal (dos tomos con grabados).

Se envían á provincias, certificados, los cuatro tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada*.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.—*Exportación, por mayor, de revistas ilustradas y periódicos* á los señores libreros y corresponsales de España y América.